



Jaime Guzmán

Entre dos fuegos

A los 44 años murió —asesinado a balazos— quien fuera el ideólogo del régimen militar y el indiscutido líder de la UDI. Públicamente decía saberse odiado por la izquierda marxista y privadamente temía a la DINA, tras la larga y secreta pugna con el general Contreras.

Patricia Verdugo

El riesgo de morir violentamente había sido asumido por el senador Jaime Guzmán Errázuriz hace ya muchos años. Un riesgo que aceptó sin recurrir a guardaespaldas, confiando —como repetía— en “que cada día tiene su afán”, en que “Dios sabe cuándo es la hora”.

Esa confianza no debió estar exenta de privadas crisis de temor, como lo demuestra un hecho ocurrido hacia fines de 1977. El ex diputado demócrata-cristiano Claudio Orrego Vicuña —con quien compartía una férrea amistad nacida en el fragor de la lucha contra la Unidad Popular— recibió su urgente llamado para una inmediata reunión. Lo vio —así me lo relató luego— muy afectado y descompuesto, un estado prácticamente inimaginable para quien estaba en la cúspide misma del poder.

¿Qué había sucedido? Le avisaron ese día que la jefatura de la DINA había decidido eliminarlo y él recurrió a su amigo —opositor a la dictadura— “para que lo sepas, en caso de que me suceda algo”. Se devela, entonces, para nosotros, parte de la secreta pugna que se libraba en el meollo mismo del régimen militar.

La historia de la recíproca censura entre el asesor político Jaime Guzmán y el jefe de la inteligencia represora, el entonces coronel Manuel Contreras, surgió en un no precisado momento tras el golpe militar. El mismo Guzmán describió así el conflicto, durante una improvisada charla en la residencia universitaria Cardenal Caro el 15 de junio de 1989:

“Los civiles que estábamos en el gobierno, nos dimos cuenta de que el régimen militar era un caballo chúcaro y desbocado al que había que ponerle fre-

no, para que no cometiera más violaciones a los derechos humanos. Cuando nos enterábamos de que habría un fusilamiento o una desaparición, la tratábamos de evitar y, en muchos casos, lo lográbamos. En reiteradas ocasiones le dije al Presidente que el coronel Contreras había perdido todo sentido moral. Y esa batalla fue bastante peligrosa, porque era una batalla contra un sujeto que no se complicaba por los métodos”.

Ese mismo atardecer de junio del 89, Guzmán habló de cuando “logramos disolver la DINA y sacar a Contreras de su cargo”, refiriéndose con ello a la pugna que le costó esa amenaza de muerte en 1977. Veamos el origen del conflicto.

Con su innata habilidad política, el joven Guzmán —de sólo 26 años en 1973— comprendió que una larga dictadura militar era lo que Chile requería para ser refundado desde sus cimientos, creando una nueva realidad socioeconómica que eliminara los peligros de estatismo-socialismo en cualquiera de sus fórmulas. Y percibió con rapidez la ambición personal del general Pinochet y su profunda desconfianza de los políticos tradicionales, por muchas genuflexiones que éstos hicieran ante el nuevo y “salvador” poder militar.

Si a ello agregamos su irracional antimarxismo, su creación política del movimiento gremialista en la UC (proyecto corporativista que basaba el poder en organismos intermedios y rechazaba la “partitocracia”), su rapidez mental para discurrir decretos que dieran andamiaje “legal” a la dictadura y su decisión

de actuar en un segundo plano, sin aspirar siquiera a un cargo de ministro, tenemos un obvio resultado: le venía al general Pinochet como anillo al dedo.

El problema, para él, es que no fue el único anillo. El otro lo conformaba el entonces coronel Manuel Contreras. El proyecto político obviamente pasaba por “anular” a los vencidos, por una represión que inmovilizara —vía terrorismo de Estado— toda reacción de la oposición, particularmente de la izquierda. En algún momento no precisado, esa represión de la DINA repugnó a Guzmán e inició su campaña para convencer a Pinochet de la necesidad de un cambio. La razón de su actitud no está clara. Pudo haber sido su fe católica, pese a que la historia registra que su lealtad pinochetista fue superior al respeto y obediencia que debía a su obispo, protagonizando duros ataques contra el cardenal Silva Henríquez que lo tuvieron al borde de la excomunión. O pudo ser su racionalidad política que le indicaba que el proyecto mismo podía abortarse si se construía sobre una barbarie sangrienta. O pudieron ser ambos factores, los mismos que explicarían su aparente contra-

sentido: aun en los más oscuros años de dictadura, actuó como protector de connotados personeros comunistas.

La oportunidad para anular a Contreras sólo se le dio cuando surgió lo impensado en 1977: la decisión de Estados Unidos de no hacer vista gorda con el crimen del ex canciller

Orlando Letelier. Así, entre la disolución de la DINA en agosto y la salida de Contreras de la jefatura máxima de inteligencia en noviembre del 77, Guzmán ganó su batalla con riesgo de ser víctima de una vendetta. En este fue decisiva la actitud del general Pinochet, quien, conocedor de la aversión de Contreras por Guzmán, llegó incluso a advertir amistosamente al ex jefe de la DINA durante una reunión social en que se encontraban presentes los tres personajes, que Jaime Guzmán era un amigo predilecto al que no debía ocurrirle nada malo.

Por doce años, Guzmán guardó silencio. Lo rompió en 1989, ya iniciado el conteo final de la dictadura y en la antecámara de la elección presidencial. Primero fue en la tribuna semiprivada de la resi-

*Le avisaron un día
que la jefatura
de la DINA había
decidido eliminarlo.*



Inés Paulino

dencia universitaria católica, cuando la versión grabada de sus dichos fue publicada por una revista. Eso le valió ser llamado, poco después, a declarar en un proceso judicial por la detención y desaparición de dos personas. Luego pasó con su denuncia a un programa de televisión de alta sintonía, cuando sorprendió a los chilenos en la pantalla del Canal 13 diciendo que "mantengo lo que he dicho, efectivamente me expresé en términos moralmente negativos respecto al general Contreras". El aludido reaccionó con una querrela judicial contra Guzmán, quien "no obstante mi condición de general de la República, no vacila en decir que yo soy inmoral".

Así, volvió a abrirse ese otro flanco de amenaza. Porque muchas veces confesó sentirse "odiado por sectores marxistas" y lo explicaba —desde su visión duramente anticomunista— con que "ellos obedecen a una doctrina que inculca odio como elemento inherente a ella". Lo cierto es que, hasta el cierre de esta edición, la policía no tenía pistas que condujeran al grupo terrorista que

seleccionó como víctima al senador Guzmán, asesinandolo a balazos al atardecer del lunes 1º de abril.

Su muerte —que le mereció un funeral de estadista, con duelo oficial y honores militares— provocó el tajante repudio de todo el espectro político en un sentimiento que pareció unir al país en un momento especialmente difícil por las repercusiones del Informe Rettig. El único conflicto fue el de su sucesión en el Senado, ya que la UDI no logró conmover a Renovación Nacional al impetrar su "mejor derecho" a reemplazarlo por un hombre de sus filas. Esta se afincó en la norma legal —creada por el mismo Guzmán, coartífice de la Constitución— y fue proclamado senador el vicepresidente de RN, Miguel Otero, compañero de lista del fallecido en la pasada elección.

Ese conflicto recordó el episodio reciente —marzo del 88— que marcó el nacimiento de la UDI como partido, desgajado de Renovación Nacional. Una lucha política de Guzmán contra la dupla

Jarpa-Allamand que significó puñetazos y hasta el relucir de pistolas de enervorizados gremialistas. Porque lo cierto es que Guzmán fue un personaje complicado para la derecha tradicional, desde mucho antes que diera ese golpe a la cátedra en 1980 cuando elaboró el texto de la Constitución que reemplazó el proyecto presentado por el ex Presidente Jorge Alessandri y que no fue del agrado del general Pinochet, provocando con ello la renuncia del anciano líder derechista a la presidencia del Consejo de Estado.

Con el poder político que le dio la senaturía y el liderazgo de un grupo minoritario que podía determinar mayorías para legislar a favor o en contra de proyectos gubernamentales (sumando parlamentarios UDI y gran parte de los senadores designados por Pinochet), Guzmán se había transformado en una "bisagra" importante de la puerta democrática que —entre crujiidos— comienza a abrirse para Chile. Las repercusiones de su desaparición en la arena política están por verse. •